
CONCURSO DE RELATOS 20 ANIVERSARIO

El capítulo secreto de “El Quijote”



Nuestra fuerza es la Inteligencia

EL CAPITULO SECRETO DE “EL QUIJOTE”

Sepa Vuestra Excelencia que, si en la tercera salida de don Quijote apreció vaguedades entre Villamayor de Santiago y Cañaveras, no fue por descuido al narrarlo o por no ser de interés lo allí acontecido: este autor se vio obligado a obviar aquella parte y dejarla en gran secreto, que fue junto al mismo Madrid que entonces se llegó nuestro héroe y siempre fui deseoso de contarlo, sin que me fuese permitido. Si Vuestra Excelencia toma esa obligación, pasaré a relatarlo cumplidamente, suplicando que a nadie más le sea revelado y conservando lo aquí expuesto con larga reserva y sigilo.

CAPÍTULO SECRETO

De lo que le avino a don Quijote en el Centro Nacional de Inteligencia

En el sexto día de mayo, dando sus últimas flores las vegas del Manzanares, llegaron nuestros amigos a las lindes de la villa de Madrid. Sucedió que, al bajar por la loma de un sitio que allí llaman Garrampocha, cabe al monte de El Pardo, avistaron un recinto do portentosos caballos competían por ver cuál daba en ser el más veloz. Maravillado, don Quijote díjole a su escudero:

—Pienso, Sancho, que Homero, Virgilio y Xenophonte debieron inspirarse en los ancestros destos al cantar las cabalgaduras de Aquiles, Eneas y Clearco, pues no los vi más hermosos.

—Bien dice vuestra merced, que ciertamente parecen mejor comidos y bebidos que nosotros y aún paréceme que miran con desprecio a Rocinante y abierta sorna a mi pollino.

Se acercaron a mirar y se toparon con un muro alto y grueso, que fueron bordeando hasta llegar a unos portones desde los cuales vieron edificios grandes, de varias alturas y múltiples fenestras.

—De seguro que aquí se guardan valiosos tesoros o saberes de vasta ciencia — dijo Sancho asombrado— pues no se pone a edificios ordinarios defensas tan robustas.

—Dignamente se encastillan señores dignos de encastillarse, Sancho: a ellos debemos presentarnos.

Ya se preciaban de entrar cuando un hombre, muy bien pertrechado, les ordenó detenerse con tal firmeza que Rocinante se puso de manos y casi tira a don Quijote. Logró tenerse el caballero y se presentó desta guisa:

—Escuchad: soy el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, conocido por doquier como el más valiente y discreto: sin temor ni desaliento he trabado gestas a semejanza de las de Amadís y de Roldán. Aqueste es mi leal escudero, Sancho Panza. Decid a vuestros señores que estamos a sus puertas para que prestamente salgan a recibirnos y departir sobre esos corceles, tan parejos a Janto y Estrategos.

El que guardaba la entrada contempló atónito a don Quijote, luego a Sancho y luego sus monturas, sopesando si serían bromistas en chanza, o maleantes, o locos de atar.

—¿Sois de nuevo ingreso? ¿Venís al reconocimiento médico?

Se tomó a mal don Quijote estas palabras y con gesto torvo le contestó:

—¡Vaya con el jenízaro! ¿Insinuáis que debemos hacernos ver por médicos? ¿Sugerís que anda mal nuestra mollera para crear pendencia? ¡Ea! Apartad, que nosotros mismos nos anunciaremos.

Sancho, temiendo que la locura de su señor fuese a entortar la circunstancia, trató de mediar desta manera:

—No se ofenda su señoría por estas palabras que, maguer ásperas, se deben a la más pura fatiga. Prestamente atenderemos todos vuestros requerimientos.

—¿Sus nombres, por favor? —pidió el que vigilaba la entrada mirando una lista.

—¡No nos hagáis más baldones, miserable! —respondió don Quijote— Ya os hemos dicho nuestros nombres e ignorarlos es hacernos afrenta.

Y para horror del pobre Sancho, nuestro hidalgo apuntó la pica hacia el de la entrada. Este, sin perder ni un ápice de su calma, le advirtió:

—Baja el palo, macho, baja el palo o te vuelves a tu casa calentito.

—¡Por la Doncella del Toboso; la de Corchuelo y Nogales!— bramó desquiciado el caballero bajándose la visera— ¡Vos, don Sandio, don Mangarrán! ¡Habéis de pagar el precio destas injurias!

Al punto, dispuesto a ensartar a su oponente, espoleó a Rocinante. El que hacía guardia, muy calmo y con inmensa facilidad desvió al suelo la lanza, donde se clavó a guisa de pértiga. El pobre don Quijote salió lanzado muy alto y se estampó contra el suelo, desperdigándose sus indumentos de metal por todas partes.

—¡Ya estamos! —aulló Sancho tirándose de los pelos —¡Ay, Señor, ya estamos otra vez!

Rápidamente llegaron otros tres hombres más, también pertrechados, rodearon a nuestro hidalgo y lo molieron a palos. Y habrían terminado ese día las andanzas de nuestro caballero si no hubiese acontecido que, muy seguidamente, un automóvil de oscuras ventanillas entró por aquel sitio y se detuvo junto al grupo. Se bajó uno de los cristales de detrás y columbró Sancho en su interior a una mujer. Y ella debía tener gran potestad, pues al punto de verla, sin haberse siquiera apeado, los guardianes cesaron de apalizar a don Quijote y se irguieron con respeto y disciplina. Hablaron brevemente con ella y a un gesto de su mano, entre los cuatro, tomaron a don Quijote en volandas —lo que no era dificultoso por ser solo pellejo y osamenta— y lo metieron en uno de los edificios, seguidos de cerca por Sancho, que lloraba sin consuelo. Allí, unas señoras muy diligentes despojaron a nuestro caballero de sus prendas, aplicáronle ungüentos curativos en todas las heridas y terminaron de sacarle dos muelas que le bailaban. Don Quijote, agradecido por tantos y tan hábiles cuidados, murmuró a duras penas:

—Guarde Dios a vuestras celsitudes y a sus sanadores saberes, que quien a los cuidados de vuestras mercedes se encomienda es el mismísimo Caballero de la Triste Figura.

—Prueba de alcohol y drogas— ordenó una de las mujeres.

Terminados estos cuidados le pusieron de nuevo los ropajes y cuando el caballero pudo aguantar en pie vino a buscarlos el que les había parado en la entrada. Este se disculpó con don Quijote por la fenomenal tunda y les dijo:

—Me han dicho que os guíe por todo el Centro. Tomaremos algo en el autoservicio y os explicaré algunas cosas sobre lo que luego veremos juntos.

Dicho esto, se acercó a don Quijote y a Sancho y a ambos les puso al cuello un cordel de color rojo.

En llegando a este punto venimos obligados a omitir algunos pormenores y callarlos, siendo de grande importancia mantener su salvaguardia. Sin menoscabo dese deber, diremos que anduvieron toda la jornada visitando el lugar y conociendo a

las gentes que allí trabajaban. Donde fueron, les recibieron de muy buen grado y les fueron contando a nuestros protagonistas los oficios que allí eran menesteres. Conocieron así Don Quijote y Sancho a unos que investigaban y analizaban sesudamente infinidad de documentos y escribían prolijos informes, a otros que llevaban a cabo arriesgadas misiones afrontando peligros ciertos a sus personas, a otros que dominaban complejas tecnologías parecidas a la magia, a otros que sabían de artes; a otros, que de animales; arquitectos e ingenieros, jurisperitos y otros duchos en finanzas y dineros. Pero, siendo tan diversos y complejos los saberes y oficios que allí se conjuntaban, lo que más asombró a nuestros amigos fue cómo todas aquellas personas hilvanaban a un tiempo todas esas labores, pues lo hacían con asombrosa precisión, muy de alabar en una estructura tan complexa. Y cuando preguntaron nuestros amigos la causa de armar tan prodigioso entendimiento, les respondieron que era la mejor forma de enfrentar los muchos peligros que allí acechaban de continuo y de alcanzar, entre todos, un solo fin: conocerlo todo de poderosos y escondidos enemigos y adelantarse a sus ocultas amenazas mediante la elaboración de la Inteligencia.

Don Quijote y Sancho fueron pasando del asombro a la maravilla y de la maravilla a la fascinación.

Y sucedió algo insólito: ya sabemos lo fácil, rápido y grandemente que se alteraba don Quijote al escuchar de lides heroicas o caballerescas. Y dado que allí les iban contando cómo vivían de ordinario asombrosas aventuras y desafíos que enfrentaban con enorme valor, sacrificio aun mayor y sin esperar fama ni reconocimiento, temió Sancho que no tardaría su señor en trastornarse. Sin embargo, vio el buen escudero que no sucedía tal y que, por contra, andaba don Quijote silencioso, cavilando con mucha seriedad y sosiego.

Después almorzaron una copiosa ración de paella en compañía de muy sesudas, muy distinguidas y muy cultivadas mujeres, sabedoras de cualquier idioma que en el mundo es hablado.

Mediada la atardecida acabaron su visita en la puerta por donde tan accidentadamente habían entrado en la mañana.

Allí, junto a un hombre de muy digna apariencia, les esperaba la señora que Sancho hubo visto tras la oscura ventanilla en la hora de su llegada. Ambos llevaron aparte a don Quijote y le hablaron largo rato. Finalmente vio Sancho que la mujer quitaba a su amo el cordel rojo del cuello y le ponía el que llevaba ella, que era de

color negro. Y pareció el caballero muy emocionado, pues se inclinó muy sentidamente. Después les trajeron sus cabalgaduras limpias y cepilladas. Y con las primeras estrellas de la tarde reanudaron su viaje.

Ya iban solos cuando dijo don Quijote:

—Hermano Sancho, hoy hemos conocido gente extraordinaria: pues decir que unos molinos son maléficos gigantes y que no lo sean, mueve a risa. Pero decirlo y que en verdad lo sean requiere mucha virtud y sapiencia. Y a fe que tal es lo que hacen aquí.

—Bien dice vuestra merced —contestó Sancho— y mucho sorprende su oficio para destapar enemigos escondidos. Y a la sazón, podría mi señor contarme lo que habló tan quedamente con esa dama y ese gentilhombre antes de marcharnos.

—Me avisaron, Sancho, que allá donde vayamos a desfacer entuertos, ya aquí en la Mancha o en la inmensidad del orbe, ellos están determinados a seguirnos, velándonos sin descanso por ser la suya y la nuestra una misma causa.

—¿Y qué causa es, si puede mencionarla?

—No es otra, querido amigo, que llevar y guardar, doquiera que estemos, el inconmensurable valor y belleza de nuestra España.

Cabalgaron luego en silencio largo rato, sintiendo emoción muy grande. Y viendo que don Quijote no hablaba y seguía meditabundo, díjole Sancho:

—No es habitual en vos ir abstraído. ¿Qué tenéis, mi señor don Quijote, para andar tan en silencio?

—Guardo silencio porque es el silencio lo que mejor protege aquello que es secreto, Sancho. Y guardar secreto es muy noble forma de custodiar lo que mucho importa... o lo que mucho se ama.